

Una interpretación ideológica de los géneros utópicos

Pampa Olga Arán de Meriles

Pampa Olga Arán de Meriles es docente en la Escuela de Letras, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

ESTUDIOS • Nº 6
Junio 1995 - Junio 1996
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

El problema teórico de los géneros literarios se presenta siempre como materia de discusión que admite diferentes enfoques: el de lo institucional, o sea el modo de producción, circulación y recepción de ciertos artefactos culturales; el enfoque político, en cuanto a estrategias configuradoras de una ideología mediatizada discursivamente y el enfoque histórico, en tanto se busca definir en perspectiva diacrónica, los rasgos semánticos y formales de un conjunto de textos. Esta última perspectiva, de antigua prosapia, fue reformulada en las poéticas de Occidente entre los siglos XVIII y XIX, fundando la teoría de los géneros de la modernidad, aunque retomando las denominaciones establecidas por las poéticas clásicas.

Jameson atraviesa la problemática de los géneros en la línea de la tradición marxista, cuyo antecedente fundacional lo hallamos en Bajtin, reacentuado en esta afirmación de Jameson: "El valor estratégico de los conceptos genéricos para el marxismo radica claramente en la función mediadora de la noción de género, que permite la coordinación del análisis inmanente formal del texto individual con la perspectiva diacrónica gemela de la historia de las formas y la evolución de la vida social".¹

Pero, apunta Jameson, actualmente las condiciones del mercado han condenado a los sistemas genéricos a funcionar únicamente como "marcas de fábrica" o como meros pactos de lectura entre público y escritor para asegurar la circulación del objeto mercancía y su adecuado funcionamiento receptivo. Por ello parecería que las categorías genéricas persisten únicamente en los productos de la industria cultural, mientras la producción artística trata de rehuir insistentemente las restricciones genéricas. "Las

1.- Fredric Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie* (*The political unconscious. Narrative as a socially symbolic act*), Visor, Madrid, 1989, pág. 85.

viejas categorías genéricas no por eso se desvanecen, sino que persisten en la vida a medias de los géneros subliterarios de la cultura de masas, transformadas en las colecciones de bolsillo vendidas en supermercados y aeropuertos, de novelas góticas, historias de misterio, novelas de amor, *best sellers* y biografías populares, donde esperan la resurrección de su resonancia inmemorial y arquetípica a manos de un Frye o de un Bloch. Mientras tanto, parecería necesario inventar una manera nueva, históricamente reflexiva, de usar categorías tales como la de género, que están tan claramente implicadas en la historia literaria y en la producción formal que tradicionalmente se supone que ellas definen y describen con neutralidad”.²

A esta cuestión central responde el planteo de Jameson articulado en un doble plano: el uso genérico de algunas obras en ciertos contextos históricos y la lectura de los géneros por ciertos aparatos teóricos.

La constante genérica que liga a los dos planos del análisis jamesiano es el de la “leyenda” secularizada y elaborada artísticamente y, en sentido amplio, las narraciones maravillosas. No se trata del relato maravilloso en sus estadios más arcaicos dentro de sociedades colectivas y ritualizadas en las que se acepta con naturalidad la magia y el animismo, sino en sus transformaciones seculares cuando advienen formas de producción preindustriales y, más tarde, en los sistemas capitalistas modernos. Es decir, cuando la historicidad salvacional, la fantasía del cumplimiento del deseo, la transformación del mundo y de los ideologemas del Bien y del Mal aparecen en organizaciones narrativas refinadas y complejas que disfrazan conflictos sociales e ideológicos. Tal puesta en evidencia de las contradicciones históricas subyacentes serían manifestaciones del “inconsciente político” en cuanto ideologema colectivo engendrado por las fuerzas sociales. El género es entonces el dispositivo virtual que se activa y reconfigura permanentemente y cuya evolución no puede entenderse como un *constructo* homogéneo diacrónico sino más bien como un sistema geológico, por las fases de sedimentación, desplazamientos, corrimientos de los materiales constructivos y por los vínculos no isomorfos entre estructuras profundas y de superficie. En la profundidad, el género muestra lo que se reprime, lo no dicho, el lugar de una ausencia, que es menester colmar con la operación dialéctica de la historización. Esto es lo que permite encontrar formas activas del género maravilloso en textos que no han sido leídos como tales por la crítica tradicional; por ejemplo los de Balzac, en el análisis de Jameson.

Ahora bien, para fundar su teoría del funcionamiento de los géneros maravillosos en el universo de los relatos secularizados, Jameson necesita apelar a la deconstrucción ideológica de dos grandes líneas teóricas que polarizaron la interpretación del género en forma aparentemente inconciliable, a saber, la fenomenología semántica y la descripción del funcionalismo estructural, cuyos paradigmas serían Frye por una parte y Greimas por otra.

2.- Fredric Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie...*, op. cit., pág. 86.

El examen crítico de Jameson tiende a demostrar que, tanto el sistema de intertextualidades que aplica Frye como la formalización actancial de Greimas implican la incapacidad de reconocer la construcción del sujeto psíquico en diferentes estadios de la cultura tribal, religiosa, preindustrial, capitalista o de consumo y, por lo tanto no hacen lugar al sujeto histórico. Las categorías binarias de Frye basadas en una ideología ética, tanto como el cuadrado lógico de Greimas se vuelven productivos si se historian dialécticamente. En el caso de Frye, convirtiendo la antinomia conceptual en ideograma de la “contradicción a nivel de subtexto social e histórico” de la que el texto sería una respuesta activa y no un mero reflejo.³ Esto, traducido en términos genéricos permitiría leer el pasaje proyectivo a la leyenda de la experiencia del Mal y del Otro fuera del control humano, a un territorio donde conserva su fuerza y su extrañeza siniestra o benéfica. Ese territorio escapa de las categorías éticas de lo humano y legitima ciertas exclusiones de lo que constituye una amenaza para estructuras concretas de dominación.

En cuanto a la historización del modelo greimasiano, Jameson tiende a demostrar que “lo que es dialéctico en este modelo estructural más complejo es que el tercer término está siempre ausente o más propiamente que no es representable. Ni texto manifiesto ni estructura profunda delineada tangiblemente ante nosotros en un jeroglífico espacial, la tercera variable en estos análisis es necesariamente la historia misma como causa ausente”.⁴ El texto literario es un “acto simbólico”, es decir es la solución imaginaria de contradicciones sociales que no están “dichas”, pero sí textualizadas genéricamente porque forman parte del inconsciente de la vida social colectiva.

Tal reposición y lectura de la “estructura ausente” que es la Historia misma con sus contradicciones objetivas, es la tarea que en la óptica de Jameson, debe asumir la crítica literaria de tradición marxista. La “hermenéutica positiva”,⁵ que ha mediado en los actos interpretativos de la teoría debe ser completada con la “hermenéutica negativa” que responderá finalmente a un modelo articulado sobre el esquema de Hjemslev. Tal esquema, en lo que atañe a la sustancia de la expresión y del contenido permite la reconstrucción negativa de aquello que se resiste a ser representado, “las materias primas de la vida social y del lenguaje, las construcciones de determinadas contradicciones sociales, las coyunturas de la clase social, la historicidad de las estructuras del sentimiento y la percepción y en último término de la experiencia corporal, la constitución de la psique o sujeto y la dinámica y ritmos específicos de la historicidad”.⁶

La restauración genérica de la leyenda en alguna de sus formas permite que se la capte como un acto significativo en circunstancias sociales concretas, a saber, en momentos de transición en que coexisten modos de producción diferenciados, cuya resolución puede proyectarse como utopía que oculta la “barbarie” subyacente, disimu-

3.- Fredric Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie...*, op. cit., págs. 94-95.

4.- *Ibidem*, pág. 117.

5.- Mijail Bajtin: “El problema de los géneros discursivos”, 1952-1953, en *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI, México, 1982.

6.- Fredric Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie...*, op. cit., pág. 118.

lada bajo reapropiaciones de diferente naturaleza. Las situaciones históricas funcionan como límite de algunas manifestaciones formales y como estímulo para otras. En tal caso no son una causa o una determinación, sino condiciones *a priori* de posibilidad.

Nos preguntamos finalmente por nuestra lectura de Jameson, dentro de la plurivocidad teórica y disciplinaria que ha erosionado y ampliado el campo de los estudios literarios y estéticos. Señalaremos en primer término las positivities jamesianas que a nuestro juicio derivan de la superación de la antinomia teoría/práctica crítica, en una dialéctica interactiva que promueve la construcción metodológica de categorías textuales operativas. Así, el género como concepto es un “constructo experimental *ad hoc*”⁷ y por lo tanto una noción instrumental y no sustantiva.

La noción dinámica y no homogénea del género permite examinar sus componentes formales y semánticos en diferentes estadios o tendencias dentro de una misma obra o periodo, lo cual echa por tierra la expectativa de una evolutiva diacrónica totalizadora y de una tipología rígida.

El género literario, en tanto emergente histórico, es un mensaje sociosimbólico que recupera su función mediadora con otros textos de la cultura con los que comparte el mismo horizonte ideológico.

Sin duda, la crítica de Jameson representa hoy una de las posiciones más firmes en defensa de una interpretación política de los textos literarios, entendiendo la interpretación como acto “alegórico”, que consiste en “reescribir un texto dado, en términos de un código maestro interpretativo particular”.⁸ Tal afirmación es un fuerte llamado de atención a la despreocupación de las categorías interpretativas que aplicamos a los textos, sus filiaciones ideológicas y los relatos de las que son fragmentos o versiones. Sin embargo no se puede dejar de pensar que esto vale también para su crítica en la que la versión marxista de la Historia se lee como código totalizador por excelencia, de manera que cuando se habla de un horizonte no trascendible de condiciones objetivas vale preguntarse por la objetividad de la Historia que se invoca. Si la historicidad no es un “algo” fuera del objeto, ambos se construyen por el mismo acto de interpretación.

No escapa tampoco el hecho de que Jameson dispara sus baterías contra la descalificación de la crítica hermenéutica por parte de las corrientes post-estructuralistas de filiación nietzscheana y contra ciertos modelos tradicionales o hegelianos de interpretación marxista de la literatura. En el primer caso se trata de oponerse al fragmentarismo, la dispersión y la esquizofrenia de las teorías del sujeto de la cultura contemporánea para buscar el descubrimiento de “nuevas formas de pensamiento colectivo y de cultura colectiva que yacen tras los límites de nuestro propio mundo”.⁹ Con respecto a la tradición marxista, Jameson intenta la reformulación crítica del estructuralismo althusseriano especialmente en cuanto a los pasajes entre fenómeno superestructural y

7.- Fredric Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie...*, op. cit., pág. 116.

8.- *Ib.*, pág. 11

9.- *Ibidem*, pág. 12

realidad estructural. Asombra bastante que en este campo se termine proponiendo el modelo lingüístico de Hjelmslev, que deja sin resolver el sistema de mediaciones por las que los materiales históricos concretos se convierten en materiales estéticos. La filosofía de la historia en Jameson desplaza toda preocupación por reinstalar la dimensión específica del hecho estético.

La laboriosa y compleja propuesta analizada tiene también un objetivo apenas declarado que es el lugar simbólico de la crítica y su competencia “en el pluralismo del mercado intelectual de nuestros días”.¹⁰ En una realidad global que ha cambiado, reivindica un compromiso crítico con lo social que antes que sustituir o negar otras direcciones intelectuales, trata de incorporar los mecanismos provechosos para leer la producción simbólica del sentido, tras someterlos a un proceso de deconstrucción histórica. Esta estrategia “borra y preserva”¹¹ a la vez tales modelos. Al hacerlo, define una política intelectual que eche las bases de una teoría para pensar históricamente las fragmentaciones de las filosofías post-estructurales y el pluralismo de los movimientos contraculturales que hacen estallar toda hipótesis de comunidad orgánica y de identidades colectivas, pese a la creciente homogeneización mundial, retomando la consigna de Althusser de que la crítica cultural puede leerse como “lucha de clases dentro de la teoría”.¹²

La obra de Jameson expresa también los conflictos por los predominios de “saberes” que caracterizan a las universidades de los países centrales y que, de un modo u otro, han empezado a reproducirse entre nosotros.

Notas bibliográficas:

Bajtín/Voloshinov, *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, 1920, Alianza, Madrid, 1992.

Mijail Bajtín, “El problema de los géneros discursivos”, 1952-1953, en *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI, México, 1982.

Fredric Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie (The political unconscious. Narrative as a socially symbolic act)*, Visor, Madrid, 1989. ■

10.- *ib.*, pág. 12.

11.- *ib.*

12.- *ib.*, pág. 13.